

# MARRANADAS

marie darrieussecq



TRÁN  
SITO

traducido por regina lópez muñoz



Título original: *Truismes*  
© P.O.L. éditeur, 1996

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2022  
© de esta edición, Editorial Tránsito, 2022

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama  
DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama  
FOTOGRAFÍA DE SOLAPA: © Charles Fréger / P.O.L.

IMPRESIÓN: KADMOS  
Impreso en España - Printed in Spain

IBIC: FA  
ISBN: 978-84-124401-3-3  
DEPÓSITO LEGAL: M-33536-2021

[www.editorialtransito.com](http://www.editorialtransito.com)

Síguenos en:



[www.instagram.com/transitoeditorial](https://www.instagram.com/transitoeditorial)

[www.facebook.com/transitoeditorial](https://www.facebook.com/transitoeditorial)

[@transito\\_libros](https://twitter.com/transito_libros)

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

# **MARRANADAS**

marie darrieussecq

traducido por Regina López Muñoz

«Luego, el cuchillo se hunde. El criado le da dos empujoncitos para que atravesase el pellejo, tras lo cual es como si la larga hoja se derritiera al hundirse hasta el mango a través de la grasa del cuello.

Al principio, el verraco no se da cuenta de nada, se queda tumbado unos segundos, cavilando. Pero ¡sí! Comprende entonces que lo están matando y profiere unos alaridos sofocados hasta que ya no puede más».

KNUT HAMSUN

El título original de la novela, *Truismes*, brinda un chispeante doble sentido: aparte de la referencia a lo porcino (*truie* es como se denomina a la hembra del cerdo), un *truisme* es un truismo o verdad de Perogrullo. Como ninguna de las dos acepciones resulta baladí en el contexto de la obra, no nos hemos resistido a señalarlas aquí.

Sé hasta qué punto esta historia podrá sembrar turbación y angustia, hasta qué punto perturbará a ciertas personas. Me temo que el editor que acepte hacerse cargo de este manuscrito se expondrá a infinidad de problemas. Puede que no se libere de entrar en prisión, y quisiera pedirle perdón desde ya por las molestias. Pero tengo que escribir este libro sin más dilación, porque si me encuentran en el estado en que estoy ahora, nadie querrá escucharme ni creerme. Sin embargo, sujetar un bolígrafo me provoca unos calambres terribles. Tampoco tengo apenas luz, me veo obligada a parar cuando cae la noche, y escribo muy pero que muy despacio. Por no hablar de lo que me ha costado dar con este cuaderno, ni del barro que todo lo ensucia y diluye la tinta a medio secar. Espero que el editor que tenga la paciencia de descifrar mi letra de gorrino tome en consideración los terribles esfuerzos que hago para escribir de la forma más legible posible. La acción misma de recordar me resulta extremadamente difícil. Pero si me concentro mucho e intento remontarme todo lo que puedo, o sea, a justo antes de los acontecimientos, consigo recuperar imágenes. Debo confesar que la nueva vida que llevo, las comidas frugales con que me conformo, esta morada rústica a la que no encuentro ninguna pega y esta sorprendente capacidad para aguantar el frío que voy descubriendo a medida que se avecina el invierno, nada de esto me lleva a añorar los aspectos más arduos de mi vida de antes. Me acuerdo de que cuando todo empezó yo estaba en el paro, y que la búsqueda de empleo me sumía en una agonía que ahora ya no comprendo. Suplico al

lector, al lector desempleado más concretamente, que me perdone tan indecentes palabras. Pero, por desgracia, indecencias no van a faltar en este libro; y ruego a todas las personas que puedan escandalizarse que tengan la bondad de disculparme.

Como decía, estaba buscando trabajo. Iba a entrevistas. Y no salía nada. Hasta que mandé una *solicitud espontánea* —me vienen las palabras a la memoria— a una gran cadena de perfumería. El director de la cadena me sentó en sus rodillas y me magreó el pecho derecho, y visiblemente lo encontró de una elasticidad maravillosa. En aquella época de mi vida todos los hombres coincidían en encontrarme de una elasticidad maravillosa. Había engordado un poco, dos kilos quizá, porque de pronto tenía hambre a todas horas, y esos dos kilos se habían repartido armoniosamente por toda mi persona, yo misma lo constataba en el espejo. Sin hacer deporte, sin una actividad concreta, mis carnes estaban más firmes, más lisas, más llenas que antes. Ahora entiendo que el aumento de peso y la extraordinaria textura de mis carnes fueron sin duda los primerísimos síntomas. El director de la cadena me agarraba la teta derecha con una mano y en la otra sostenía el contrato. Yo notaba que me palpitaba el pecho de la emoción de ver aquel contrato a punto de ser firmado, pero también se debía a ese aspecto, cómo decirlo, *neumático* de mis carnes. El director de la cadena me decía que en la perfumería lo fundamental era ir siempre guapa y arreglada, y que me iba a encantar el corte muy ceñido de la bata de trabajo, que me sentaría fenomenal. Sus dedos bajaban un poco más y desabotonaban lo que se podía desabotonar, y para ello el director de la cadena se vio obligado a dejar el contrato encima de su escritorio. Yo leía y releía el contrato por encima de su hombro, media

jornada a cambio de un sueldo que no llegaba a la mitad del salario mínimo, eso me permitiría participar en el alquiler, comprarme un par de vestidos; y el contrato estipulaba que durante la liquidación anual de existencias me corresponderían algunos productos de belleza, ¡las mejores marcas, los perfumes más caros a mi alcance! El director de la perfumería me había hecho arrodillarme delante de él y mientras me afanaba en mi tarea pensaba en esos productos de belleza, en lo bien que iba a oler, en lo radiante que tendría el cutis. Desde luego, así gustaría aún más a Honoré. Había conocido a Honoré la mañana en que, por quinta primavera consecutiva, quise sacar del ropero mi viejo bañador. Fue en ese momento, mientras me lo probaba, cuando me di cuenta de que mis muslos se habían vuelto rosados y firmes, musculados y al mismo tiempo torneados. Comer me favorecía. Total, que me obsequié con una tarde en Aqualand. Afuera llovía, pero en Aqualand siempre hace bueno, y calor. Ir a Aqualand representaba casi una décima parte de mi renta mensual de inserción, y a mi madre no le hizo ninguna gracia. Incluso se negó a darme un billete de metro, así que no me quedó otra que arrimarme mucho a un señor para pasar los tornos. Siempre hay muchos esperando a las jovencitas junto a los tornos del metro. Me di perfecta cuenta de que provocaba cierto efecto en el señor; para ser sincera, mucho más efecto de lo que acostumbraba. En los vestuarios de Aqualand tuve que lavar discretamente la falda. En los vestuarios de Aqualand siempre hay que comprobar que estén bien tapados los intersticios de las puertas, y hay que saber largarse cuando el vestuario ya está ocupado por una pareja; allí también hay siempre señores esperando delante de las puertas de las mujeres. En Aqualand se puede una ganar muy bien la vida, pero yo siempre me negué, hasta en las temporadas en que mi

madre amenazaba con ponerme de patitas en la calle. En el vestuario desierto me desvestí a toda prisa y me puse el bañador, y allí, ante aquel espejo dorado tan favorecedor, una vez más me encontré, y me sabe fatal decirlo, increíblemente guapa, como en las revistas, sólo que más apetitosa. Me enjaboné con unas muestras gratuitas que olían de maravilla. La puerta se abrió pero sólo eran unas mujeres que acababan de llegar, nada de hombres, de modo que pudimos disfrutar de cierta paz. Las mujeres se desnudaban entre risas. Era un grupo de musulmanas ricachonas, para bañarse se ponían unas túnicas opulentas y muy largas, sus cuerpos se moldeaban entre los velos translúcidos bajo la ducha. Estas mujeres me rodearon y exclamaron que yo era guapa, me regalaron una muestra de perfume caro y varias monedas. Me sentía a salvo con ellas. Aqualand es un lugar para relajarse pero no puede una bajar la guardia. Por eso cuando Honoré se me acercó, en el agua, al principio huí marcándome un vigoroso crol, y tal vez fuera eso lo que más lo sedujo (yo nadaba muy bien por aquel entonces). Pero cuando luego me invitó a una copa en el bar tropical, me di cuenta al instante de que era buena persona. Estábamos chorreando los dos, sudando con los bañadores mojados, yo me veía toda colorada en los muchos espejos del techo, un negrazo nos abanicaba. Bebíamos cócteles muy dulces y muy coloridos, sonaba música de las islas, de pronto estábamos muy lejos. Era el momento de las grandes olas. Honoré me contaba que para algunas recepciones privadas introducían tiburones en la piscina, los tiburones disponían de cinco minutos antes de morir en el agua dulce para morder a los invitados más lentos. Al parecer, esto le daba un ambiente único a las fiestas. Luego se bañaban todos en el agua roja hasta las tantas de la mañana. Honoré era profesor en un *college* de postín del extrarradio. Las fiestas privadas le repugnaban.

Ni siquiera asistía a las de sus alumnos. Le dije que a mí me habría encantado estudiar y él me dijo que ni por lo más remoto, que los universitarios eran todos unos depravados echados a perder, que él iba a Aqualand a conocer chicas sanas. Hicimos buenas migas Honoré y yo. Me preguntó si iba a las recepciones privadas de vez en cuando. Le dije que nunca, que yo no conocía a nadie. Él me dijo que me presentaría gente. Al principio fue eso lo que me atrajo, el hecho de que aquel muchacho, además de ser correcto, me propusiera hacer contactos, pero en realidad Honoré no tenía contactos, no conseguía hacerlos a pesar de su trabajo, y quizá esperaba que gracias a mí lo invitaran a sitios *selectos*. Honoré me compró un vestido al salir, en una de las tiendas elegantes de Aqualand, un vestido de lazuré transparente que sólo me puse para él. En el probador de la tienda elegante hicimos el amor por primera vez. Me veía en el espejo, veía las manos de Honoré en mis caderas, sus dedos trazaban surcos elásticos en mi piel. Nunca, jadeaba Honoré, nunca había conocido a una chica tan sana. Las musulmanas habían entrado también en la tienda elegante, las oíamos parlotear en su idioma. Honoré se vestía sin quitarme ojo, yo tenía un poco de frío en cueros. La dependienta nos ofreció té con hierbabuena y pastelitos. Nos lo pasó todo por debajo de la puerta del probador, era discreta y muy elegante, yo me decía que me gustaría tener un trabajo así. Al final resultó que el trabajo en la perfumería no fue muy diferente. Había un salón-probador para cada perfume, la gran cadena para la que yo trabajaba vendía perfumes de todo tipo que había que probar en diversas partes del cuerpo; esperar los resultados, buenos o malos, requería su tiempo. Yo instalaba a las clientas en los grandes sofás de los salones, debía explicarles que sólo un cuerpo relajado revela toda la paleta de un perfume, y que había hecho un cursillo de